



ASCANIO

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

XX

EL MERCADER DE SU HONRA

Era el día en que Colomba iba á ser presentada á la reina.

Nos encontramos en uno de los salones del Louvre, en donde está reunida toda la corte. Después de la misa emprenderán el viaje á San Germán, y sólo se espera al rey y á la reina para entrar en la capilla. Aparte algunas damas que están sentadas, todos permanecen de pie ó hablan andando; rózanse unos con otros los trajes de seda ó de brocado; tropiezan las espadas; se cruzan las miradas de afecto ó de odio; se convienen todo género de citas; es una haraúnda ensordecedora, un espléndido torbellino; los trajes son magníficos y están hechos á la última moda; los rostros son adorables; en la rica variedad de ropas se destacan los pajes, vestidos á la italiana ó á la española, que están de pie, inmóviles, con la mano derecha en el costado y la espada al cinto. Es un cuadro lleno de esplendor, de movimiento, de magnificencia, del cual sería pálido trasunto cuanto pudiéramos decir. Haced revivir á todos aquellos caballeros elegantes y burlones, á todas aquellas damas vivarachas y galantes de Brantôme y el Heptameron; poned en sus labios aquel lenguaje ingenioso, hábil y tan netamente francés del siglo décimosexto, y podréis tener una idea de lo que era aquella encantadora corte, sobre todo si recordáis la frase de Francisco I: «Una corte sin damas es un año sin primavera, ó una primavera sin flores.» La corte de Francisco I era una eterna primavera, en la cual brillaban constantemente las flores más bellas y más nobles de la tierra.

Pasado el primer deslumbramiento producido por la confusión, y cuando se podía distinguir los grupos, se notaba fácilmente que había en aquella multitud dos bandos: uno, cuyo distintivo era el color lila, de la duquesa de Etampes, y otro, que llevaba el color azul, de Diana de Poitiers. Los partidarios secretos de la reforma pertenecían

al primer bando, y los católicos puros al segundo, en el cual formaba el delfín, en tanto que el segundo hijo del rey, Carlos de Orleans, figuraba en el primero. Complicad estas oposiciones políticas y religiosas con celos de mujeres y rivalidades de artistas, y tendréis un conjunto de odios que os explicará perfectamente la multitud de miradas desdeñosas y de gestos amenazadores, que no podían disimular los mayores fingimientos cortesanos.

Las dos enemigas, Diana y Ana, estaban sentadas en los extremos opuestos del salón, á pesar de lo cual, no tardaba más de cinco minutos en llegar de una á otra cualquier frase intencionada, nacida en el grupo respectivo, y la correspondiente respuesta dada por alguien del grupo opuesto.

Entre todas aquellas frases ingeniosas y todos aquellos señores vestidos de terciopelo y de sedas, se paseaba indiferentemente, vestido con su ropaje de doctor, Enrique Estienne, sincero partidario de la reforma; en tanto que á dos pasos de él, y no menos indiferente á cuanto le rodeaba, se veía á Pedro Strozzi, el pálido y melancólico refugiado de Florencia, que apoyado en una columna, contemplaba, sin duda, con los ojos del alma, la patria ausente, á la cual sólo debía volver prisionero, y en la cual no había de encontrar reposo más que en el sepulcro.

Innecesario es decir que el noble refugiado italiano, pariente de Catalina de Médicis, era uno de los más convencidos individuos del grupo católico.

Pasaban luego hablando de graves asuntos de Estado y haciendo frecuentes paradas, durante las cuales se quedaban frente á frente, como para conversar mejor, Montmorency el viejo, á quien el rey había dado dos años antes el empleo de condestable, vacante desde la desgracia del de Borbón, y el canciller Poyet, orgulloso por el impuesto de la lotería, que acababa de implantar, y por la disposición de Villers Cotterets, que acababa de someter á la sanción regia.

Sin mezclarse con ningún grupo ni tomar parte en ninguna conversación, el benedictino Fran-

cisco Rabelais, que al sonreirse enseñaba sus blancos dientes, observaba, oía y se burlaba, en tanto que Tribulete, el bufón favorito de su majestad, arrastraba por entre las piernas de los concurrentes su joroba y sus calumnias, aprovechando su estatura de perro para morder aquí y allá. Sin peligro, ya que no sin dolor, Clemente Marot, espléndido, con su traje nuevo de lacayo del rey, parecía tan avergonzado como el día de su presentación en el palacio de Etampes. Evidentemente, llevaba en el bolsillo, ó en la memoria, alguna poesía, que intentaba recitar como si fuera una improvisación. La inspiración viene del cielo, y no dispone de ella el poeta á su antojo. Se le había ocurrido una idea delicada acerca del nombre de Diana; por mucho que se esforzó, como la musa no es una amante, sino una señora, los versos salieron, naturalmente, enlazando sus rimas una á otra como por arte de magia, y en vez de resultar un elogio de la duquesa de Etampes, de quien como de Margarita de Navarra y del partido protestante, era devoto, constituían un madrigal en honor de Diana de Poitiers. Ello era que los versos estaban hechos. ¿Cómo resignarse á no recitarlos, aunque él hubiese sentido más intensamente aún de lo que lo sentía, el ardor hacia la causa protestante? ¿Cómo, aunque estuvieran dedicados á cantar á una dama católica, no decirselos siquiera á algún amigo?

Esto fué lo que hizo Marot; pero el indiscreto cardenal Fournon, que fué á quien recitó la poesía, la juzgó tan bella, tan magnífica, tan inspirada, que á pesar de su promesa, se la recitó al duque de Lorena, el cual, á su vez, se la dijo incontinenti á Diana de Poitiers. Produjéronse en el acto grandes cuchicheos en el partido azul, y Clemente Marot fué llamado, requerido, intimado á decirlos. Los del partido color lila, al ver al poeta atravesar los grupos y acercarse á Diana, se acercaron también y se agolparon alrededor de Marot, que estaba á la vez satisfechísimo y temeroso. Por último, se levantó la propia duquesa de Etampes, «para ver, dijo, cómo aquel tunante de Marot, que tenía tanto ingenio, se las arreglaría para elogiar á Diana».

Cuando el pobre Clemente Marot iba á comenzar su recitado, después de haber hecho una reverencia ante Diana de Poitiers, que le dirigió una sonrisa, volvióse ligeramente para mirar á su alrededor, y vió á la duquesa de Etampes, que también se sonreía; pero la sonrisa de una era amable, y la de la otra amenazadora. El poeta declamó su poesía con voz temblorosa, y apenas hubo pronunciado la última sílaba, los azules prorrumpieron en aplausos, y los de color lila guardaron un silencio alarmante. Marot, animado por la aprobación, y lastimado por la crítica, fué valerosamente á entregar su obra maestra á Diana de Poitiers.

—Para Diana la bella—dijo en voz baja, haciendo una reverencia ante ella—; la bella por excelencia y sin comparación.

Diana le dió las gracias con su más dulce mirada, y Marot se alejó.

—Se puede hacer versos á una bella—dijo el poeta en voz baja al pasar junto á la duquesa de Etampes—, después de habérselos hecho á la más bella.

Ana le contestó con una mirada fulminante.

Dos grupos de personas que conocemos habían permanecido alejados de este incidente: de una parte Ascanio con Benvenuto Cellini; de la otra el conde de Orbec, el vizconde de Marmagne, Roberto de Estourville y su hija Colomba, que había suplicado al preboste que no se mezclase con aquella muchedumbre que ella veía por vez primera, y que la causaba espanto; el conde de Orbec, por galantería, no había querido separarse de su prometida, que debía ser presentada por Estourville á la reina después de misa.

Ascanio y Colomba se habían visto desde el primer momento y se miraban á hurtadillas frecuentemente. Aquellas puras y tímidas criaturas educadas en la soledad, que forma los corazones fuertes, se hubieran encontrado muy aislados y muy perdidos entre aquella muchedumbre elegante y corrompida, si no hubieran podido verse y confortarse mutuamente con sus miradas.

Desde el día de su declaración no habían vuelto á encontrarse. Ascanio había intentado en vano más de diez veces entrar en el palacete. La nueva sirvienta, enviada por el conde de Orbec á Colomba, había acudido á abrir siempre, en lugar de la señora Perrine, y le había despedido con malos modos.

Ascanio no era lo bastante rico ni lo suficientemente atrevido para haber intentado sobornar á aquella mujer. Por otra parte, sólo hubiera podido enterarse de noticias muy tristes de su amada Colomba, y dar á ésta noticias tristes también, que de todas maneras, había de saber ella demasiado pronto. Estas tristes noticias de Ascanio eran la confesión que le había hecho su maestro del amor que sentía hacia ella, y la necesidad en que se encontraba, no sólo de renunciar al apoyo de Cellini, sino de considerarle como un enemigo más, y tener que luchar contra él probablemente.

Como Ascanio le había dicho á Benvenuto, el único recurso que la quedaba era confiar en Dios, pues nadie más que él podía salvarles. Así que, reducido á sus propios recursos, había resuelto el joven tratar de aplacar y conmovir á la duquesa de Etampes. Cuando se desvanece una esperanza, en la cual se había confiado, se recurre á las más inverosímiles. No sólo le faltaba á Ascanio la omnipotente energía de Benvenuto, sino que se volvía en contra de él. Por esta razón, y confiado, porque era joven, en lo que había creído ver de grandeza, de generosidad y de ternura abnegada en la duquesa de Etampes, acudía á ella para interesarla en sus sufrimientos, para tratar de mover la piedad de la mujer que le amaba. Y si se desvanecía también esta última esperanza, ¿qué haría él, niño, débil y solo, sino esperar en la Providencia? Por estas consideraciones había acompañado á Cellini.

La duquesa de Etampes había regresado á su sitio. El, confundido entre los cortesanos de Ana, se acercó á su sitial y logró ponerse cerca de ella, que al volver la cabeza le vió.

—¡Ah! ¿Sois vos, Ascanio?—dijo con frialdad.

—Sí, señora duquesa. He venido con mi maestro Benvenuto, y si me atrevo á acercarme á vos es porque el otro día me dejé olvidado en vuestro palacio el dibujo del lirio que tuvisteis la bondad de encargarme, y deseaba saber si no os había parecido demasiado feo.

—Al contrario; lo encuentro precioso—dijo la duquesa más afablemente—, y las personas entendidas á quienes lo he enseñado, especialmente el señor de Guisa, á quien aquí veis, ha sido de mi parecer. Solo se me ocurre una duda: ¿será la ejecución tan perfecta como el dibujo? Y en caso afirmativo, ¿serían suficientes las piedras que poseo?

—Sí, señora; así lo creo al menos. Yo hubiera deseado engarzar en el pistilo de la flor un diamante grueso, que temblaría como una gota de rocío, pero eso tal vez fuera un gasto excesivo para un trabajo de un artista tan modesto como yo.

—Podemos hacer ese gasto, Ascanio.

—Es que un diamante del tamaño que yo digo vale tal vez doscientos mil escudos, señora.

—Bien; pues ya resolveremos. Pero—añadió bajando la voz—hacedme un favor, Ascanio.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Hace un momento, cuando me acerqué á escuchar las insulseces de Marot, vi en el otro extremo del salón al conde de Orbec. Id á buscarle y decidle que deseo hablarle.

—¡Yo... señora!—exclamó Ascanio poniéndose pálido al oír el nombre del conde de Orbec.

—¿No decíais que estabais á mis órdenes?—replicó altivamente la duquesa de Etampes—. Si os encargo esta gestión, es porque os interesa lo que voy á hablar con el conde de Orbec, pues ello os hará reflexionar, dado caso de que los enamorados reflexionen alguna vez.

—Os obedezco, señora—dijo Ascanio, temeroso de disgustar á aquella de quien esperaba su salvación.

—Está bien. Os recomiendo que al dirigiros al conde le habléis en italiano; tengo mis razones para ello. Volved con él á verme.

Para no excitar más á la duquesa, el joven echó á andar y preguntó á un caballero vestido con traje color lila, si había visto al conde de Orbec, y dónde estaba.

—Mirad—le contestó el interpelado—, es aquel mono viejo que está hablando con el preboste de París, y tiene á su lado aquella encantadora muchacha.

La «encantadora muchacha» era Colomba, á quien todos los pisaverdes miraban con curiosidad. El mono viejo le pareció á Ascanio tan repugnante como hubiera podido desearlo un rival. Pero después de un instante dedicado á este examen, se acercó á él, y con gran extrañeza de Colomba, le habló en italiano, invitándole á seguirle en busca de la duquesa de Etampes. El

conde se disculpó con su prometida y sus amigos, apresurándose á obedecer las órdenes de la duquesa, y seguido por Ascanio, el cual no se separó del grupo sin tranquilizar con una mirada de inteligencia á Colomba, que se quedó impresionada al oír el extraño mensaje, y sobre todo, al ver al mensajero.

—¡Buenos días, conde!—dijo la duquesa al verle—. Celebro mucho veros, porque tengo que decirós cosas muy importantes. Señores—añadió dirigiéndose á los que la rodeaban—, aún falta un cuarto de hora, por lo menos, para que lleguen sus majestades; si me lo permitís, aprovecharé ese tiempo para hablar con mi antiguo amigo el conde de Orbec.

Todos los señores agrupados alrededor de la duquesa se apresuraron á separarse discretamente, y la dejaron sola con el tesorero del rey en uno de aquellos huecos de balcón que eran tan grandes como un salón de nuestros días. Ascanio iba á alejarse igualmente, pero le contuvo una seña de la duquesa.

—¿Quién es ese joven?—preguntó el conde de Orbec.

—Un paje italiano, que no entiende una sola palabra de nuestra lengua. Podéis hablar sin cuidado, aunque esté presente, pues es lo mismo que si estuviéramos completamente solos.

—Pues bien, señora; sabed que os he obedecido como siempre, sin tratar de averiguar los motivos. Me manifestasteis el deseo de ver á mi futura, presentada hoy á la reina, y aquí está Colomba con su padre; pero ahora que os he obedecido, confieso que desearía saber por qué habéis querido tal cosa, si es que no consideráis excesiva por mi parte la solicitud de una breve explicación.

—Sois el más leal de mis amigos, Orbec, y afortunadamente aún puedo hacer mucho por vos; aunque por mucho que haga no sé si lograré pagaros lo que os debo. Ya lo procuraré por lo menos. Ese empleo de tesorero del rey, que os he dado, no es sino la piedra angular sobre la cual quiero construir el edificio de vuestra fortuna.

—¡Señora!—exclamó Orbec inclinándose hasta el suelo.

—Voy á hablaros, pues, con el corazón en la mano; pero antes permitidme que os felicite. He visto á vuestra Colomba hace un momento; es verdaderamente encantadora, un poco parada, un poco ñoña, pero eso es un encanto más á su edad. Sin embargo de todo ello, en vano me esfuerzo por comprender, no acierto con qué propósito, vos, hombre serio, prudente y poco aficionado, supongo, á bellezas y ternuras, vais á hacer esa boda; y digo con qué propósito, porque necesariamente lleváis alguno que no se ve claramente. No sois hombre que haga las cosas á tontas y á locas.

—¡Pardiez, señora! Es preciso establecerse de una vez, y además, el padre de mi prometida es un buen viejo, que dejará respetable cantidad de escudos á su hija.

—¿Qué edad tiene?

—De cincuenta y cinco á cincuenta y seis años.

—¿Y vos, conde?

—Poco más ó menos, lo mismo. Pero él está mucho más gastado.

—Ya empiezo á comprender, y os reconozco. Bien sabía yo que no eran los encantos de esa jovencita lo que os había seducido.

—¡Ni siquiera he pensado en ellos! Me daría lo mismo que fuese fea. Da la casualidad de que es bonita; ¡pues tanto mejor!

—Mucho celebró oiros hablar así, conde. En otro caso no confiaría ya en vos.

—Pues ya que me habéis reconocido y sabéis que sigo siendo el mismo que creíais, ¿querréis explicarme?...

—Para vos son mis aspiraciones—interrumpió la duquesa—. El destino que yo deseo veros ocupar es el de Poyet, á quien detesto—añadió Ana dirigiendo una mirada de odio al canciller, que seguía paseándose en compañía del condestable.

—¡Cómo, señora! ¡Una de las más altas dignidades del reino!

—¿Y qué? ¿Acaso no sois un hombre eminente y digno de ella? Lo malo es que mi influencia en muy precaria, y que reino en el borde de un abismo. En estos momentos siento mortal inquietud. El rey ha hecho amante suya á la mujer de un hombre insignificante, de un justicia, llamado Feron. Si esa mujer fuera ambiciosa, estaríamos perdidos. Debí tomar la iniciativa de este nuevo capricho de Francisco I. ¡Ah! No volveré á encontrar otra duquesita de Brissac, como la que yo misma entregué al rey: una mujer dulce y débil; una criatura. Siempre la lloraré. No sólo no era peligrosa, sino que no hablaba al rey más que de mis perfecciones. ¡Pobre María! Sufría todos los inconvenientes de mi posición y me dejaba todas las ventajas. Pero esa Feroniere, como la llaman, es terrible. Hay que apartar de ella á Francisco I; hay que distraerle de su amor, y yo ya no puedo; he agotado todo mi arsenal de seducciones, y me veo reducida á luchar en las últimas trincheras: la costumbre.

—¿Qué decís, señora?

—Sí; ya sólo ocupo la imaginación del rey; su corazón está en otra parte. Yo necesitaría una auxiliar, una amiga sincera, abnegada, leal, de quien yo pudiera estar segura. Pero, ¿dónde encontrarla? ¡Ah! ¡yo la recompensaría con tanto dinero y tantos honores!... Buscadme vos una, conde. No sabéis qué íntimamente unidos están en nuestro soberano el rey y el hombre, y hasta qué extremos puede arrastrar el hombre al rey. Si fuésemos dos, no dos rivales, sino dos aliadas; no dos amantes, sino dos amigas; si poseyéramos una á Francisco I y otra á Francisco, Francia sería nuestra. ¡Y en qué momento! Cuando Carlos V viene á prenderse él mismo en nuestras redes; cuando se podrá exigir por él un rescate magnífico, y aprovechar su imprudencia para tener, bien garantizado, un porvenir espléndido... Ya os explicaré mis designios; esa

Diana que tanto os agrada no podrá torcer nunca nuestra suerte, y el caballero de Francia podría llegar á... Pero aquí está ya el rey.

Este era el sistema de la duquesa de Etampes: apenas explicaba lo que quería; lo dejaba adivinar; sembraba en la imaginación ajena ideas y resoluciones en germen, y dejaba que la avaricia, la ambición y la perversidad completaran su obra. Luego, para quedar á cubierto, cortaba la conversación antes de haber dicho nada definitivo.

Hay que reconocer que éste era un arte, que merecía ser recomendado á no pocos poetas y á muchísimos enamorados.

El conde de Orbec, siempre anhelante de riqueza y de honores, y hombre corrompido, había comprendido perfectamente á la duquesa, pues la mirada de ésta se había dirigido durante la conversación, más de una vez hacia el lado en que estaba Colomba. En cuanto á Ascanio, su naturaleza recta y generosa no había podido sondear hasta el fondo aquel misterio de iniquidad y de infamia, pero presentía vagamente que aquella extraña conversación encerraba un peligro para su amada, y miraba espantado á la duquesa de Etampes.

Un ujier anunció á los reyes, y en el acto se pusieron todos en pie, descubriéndose los hombres.

—¡Dios os guarde, señores!—dijo Francisco I al entrar—. Tengo que comunicaros una gran noticia: nuestro querido hermano, el emperador Carlos V, está á estas horas camino de Francia, y acaso habrá entrado ya en nuestro territorio. Preparémonos á recibirle dignamente. No necesito encarecer á mi ilustre nobleza á cuánto la obliga este acontecimiento. En el campo del Paño de Oro hemos demostrado que sabíamos recibir á los reyes. Antes de un mes estará Carlos V en el Louvre.

—Y yo, señores—añadió la reina Leonor con su voz dulcísima—, os doy gracias anticipadas en nombre de mi regio hermano, por el recibimiento que vais á hacerle.

Todos contestaron gritando: ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el emperador!

En aquel momento pasó por entre las piernas de los cortesanos una cosa brillante y movediza, que se acercó al rey. Era Tribulete.

—Señor—dijo el bufón—, ¿me permitís que os dedique un libro que voy á mandar imprimir?

—Con mucho gusto, bufón—contestó el rey—; pero antes es necesario que me digas el título del libro y el asunto de que trata.

—Se llamará el «Almanaque de los locos», y contendrá la lista de los más grandes insensatos que han existido en la tierra. En la primera página irá el nombre del rey de todos los locos pasados y venideros.

—¿Y quién es este ilustre colega á quien consideras primo mío y escoges como rey para mí?

—Carlos V, señor.

—¡Cómo! ¡Carlos V!

—El mismo.

—¿Y por qué?



—Por fin el padre, para enseñar á sus hijos cómo se alzaba una visera, tomó una lanza.

—Porque sólo hay en el mundo un Carlos V, que habiéndooos tenido prisionero en Madrid, como él os tuvo, sea lo suficientemente insensato para decidirse á atravesar el reino de vuestra majestad.

—Pero ¿y si atraviesa mi reino, como se propone, sin que le ocurra nada?—replicó Francisco I.

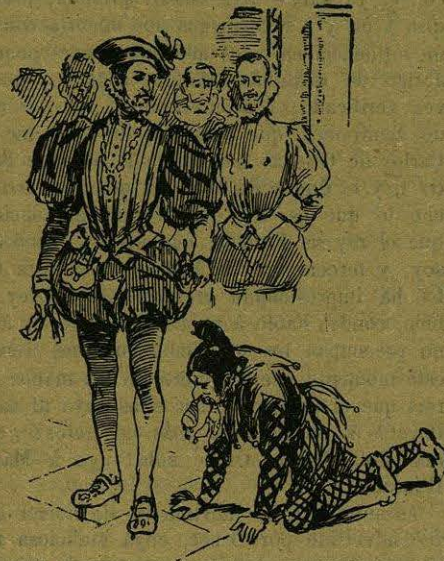
—Si es así, prometo que borraré su nombre para poner otro en la portada de mi libro.

—¿Qué otro?

—El vuestro, señor; porque si le dejáis pasar, como habéis dicho, sin que le ocurra nada, habréis sido más loco que él todavía.

El rey soltó la carcajada. Los cortesanos le hicieron coro. Sólo la pobre reina Leonor se puso pálida.

—Pues bien—dijo Francisco I—; desde ahora mismo puedes poner mi nombre en la portada de tu libro, y borrar el del emperador, porque he



El bufón cogió entre los dientes la bolsa de dinero y se fué saltando á cuatro pies.

dado mi palabra de caballero y la cumpliré. En cuanto á la dedicatoria, la acepto. Ahí tienes el precio del primer ejemplar que se publique.

Y al decir esto el rey sacó de su faltriquera una bolsa llena de dinero, y se la arrojó al bufón, que la cogió entre los dientes y se fué con ella en la boca, saltando á cuatro pies y gruñendo como un perro cuando huye con un hueso.

—Señora—dijo el preboste de París á la reina, acercándose con Colomba—, ¿me permite vuestra majestad aprovechar este momento de satisfacción para presentaros á mi hija, á quien vuestra majestad se ha dignado admitir en el número de sus damas de honor?

La bondadosa reina dirigió amables frases de elogio á Colomba, á quien el rey, entre tanto, contemplaba admirado.

—A fe mía, señor preboste—dijo Francisco I sonriéndose—, que es un crimen de alta traición

haber tenido oculta tanto tiempo, lejos de nuestras miradas, una perla tan admirable como ésta, que tanto esplendor puede dar á la corona de bellezas que rodea á la majestad de nuestra reina. Si no os veis castigado por vuestra felonía, señor de Estourville, agradecédselo á la muda intervención de los hermosos ojos de vuestra hija.

Luego el monarca dirigió un amable saludo á la encantadora joven, y siguió andando en dirección á la capilla, rodeado por todos sus cortesanos.

—Señora—dijo el duque de Medinasidonia ofreciendo la mano á la duquesa de Etampes—, dejemos pasar á esta muchedumbre, si os place, y quedémonos atrás; aquí estaremos mejor que en ninguna otra parte para que yo pueda deciros el secreto que os tengo que comunicar.

—Soy con vos, señor embajador—respondió la duquesa—. No os alejéis, conde de Orbec. Podéis hablar sin cuidado, duque, ante este antiguo amigo mío, lo mismo que ante este joven, que sólo entiende el italiano.

—La discreción de uno y otro debe interesaros tanto como á mi, señora, y desde el momento en confiais en ella... En fin, ya estamos solos, y voy á hablar sin rodeos ni reticencias. Ya veis que su majestad imperial está decidido á atravesar Francia, en donde tal vez se encuentra ya á estas horas; sabéis que caminará entre dos filas de enemigos, pero fiado en la caballería del rey; vos misma habéis aconsejado esta confianza, y me complazco en reconocer que, más influyente que cualquier ministro en funciones, teáis sobre Francisco I bastante poder para que vuestros consejos sean decisivos. ¿Por qué hablais de volveros contra nosotros? No es interés del Estado ni vuestro.

—Acabad, monseñor. Supongo que aún os queda algo que decir.

—No, señora. Carlos V es digno sucesor de Carlomagno, y quiere dar como regalo lo que un aliado desleal exigiría como rescate, no dejando sin recompensa ni la hospitalidad ni el consejo.

—Eso es proceder con prudencia y con esplendor.

—El rey Francisco I ha deseado siempre ardientemente el ducado de Milán. Pues bien, esta provincia, eterno motivo de guerra entre Francia y España, será cedida por Carlos V á su hermano político mediante un canon anual.

—Ya comprendo—interrumpió la duquesa—; los fondos del emperador están en baja, es sabido; además Milán está arruinado por veinte guerras, y su Majestad Católica desearía transferir su crédito de un deudor pobre á un deudor rico. Esa proposición no es aceptable, señor de Medinasidonia, y, por mi parte, no la acepto.

—Pero, señora, ya se han hecho indicaciones al rey en este sentido, y á su majestad le han parecido muy bien.

—Lo sé; pero á mí me parecen muy mal. Si podéis prescindir de mí, tanto mejor para vos.

—Señora, el emperador tiene grandísimo interés

en contaros en el número de sus partidarios, y cuanto pudiérais desear...

—Mi influencia no es una mercancía que se compra y se vende, señor embajador.

—¡Oh, señora! ¿Quién dice eso?

—Oid. Me aseguráis que vuestro emperador desea mi apoyo, y he de confesar, aquí para entre nosotros, que está en lo cierto. Pues bien, para garantizárselo, pido menos de lo que él ofrece. Fijaos en lo que voy a decir. El emperador ofrecerá a Francisco I el ducado de Milán, y luego, cuando haya salido de Francia, olvidará su ofrecimiento, al recordar la violación del tratado de Madrid.

—¡Pero señora! ¡Eso sería la guerra!

—Esperad, señor de Medinasidonia. Su majestad se enfurecerá y amenazará, efectivamente; entonces Carlos V consentirá en erigir el Milanesado en ducado independiente, y se lo dará libre de toda carga a Carlos de Orleans, el hijo segundo del rey. De esta manera, el emperador no favorecerá a un rival. Esto vale algunos escudos y me figuro que no tenéis que decir nada en contrario. Ex cuanto a mis ambiciones personales, son muy modestas. Si su majestad imperial acepta mis planes, puede dejar caer ante mí, en nuestra primera entrevista, una piedra más ó menos brillante, que yo recogeré si vale la pena, y conservaré como recuerdo de la gloriosa alianza concertada entre el sucesor de los Césares, rey de España, y de sus Indias, y yo.

La duquesa de Etampes acercó su boca al oído de Ascanio, que estaba aterrizado de sus sombríos y misteriosos proyectos, tan alarmantes para el duque de Medinasidonia y tan satisfactorios para el conde de Orbec, y dijo al joven en voz baja:

—Todo por ti, Ascanio. Por conseguir tu amor, perdería a Francia.— Luego, alzando la voz, prosiguió—: ¿Qué contestáis, señor embajador?

—Sólo el emperador puede resolver en un asunto de tanta gravedad, señora. Sin embargo, todo me inclinará a creer que aceptará un convenio que, de puro ventajoso que me parece para nosotros, me asusta.

—Si con ello os tranquilizo, señor embajador, os confesaré que en el fondo también es ventajoso para mí, y por esto me comprometo a lograr que el rey lo acepte. Nosotras las mujeres tenemos también nuestra política, más profunda á veces que la vuestra. Pero puedo jurar que mis proyectos no son en modo alguno peligrosos para vosotros. ¿En qué podrían serlo? Y mientras esperamos la resolución de Carlos V, os prevengo, señor de Medinasidonia, que no dejaré escapar una sola ocasión de trabajar contra él y de incitar al rey con todas mis fuerzas á que le retenga prisionero.

—¡Cómo, señora! ¿Es así como comenzáis la alianza?

—¡Vamos, vamos, señor embajador! ¿Acaso, siendo un diplomático tan hábil como sois, no veis que lo esencial para mí es alejar toda idea de seducción, y que si me manifestara abiertamente

partidaria vuestra, todo se perdería? Dejadme sea enemiga vuestra, señor duque; dejadme que hable contra vosotros. ¿Qué os importa? ¿No sabéis cómo se juega con las palabras? Si Carlos V no acepta mis condiciones, diré al rey: «Señor, confiad en mi instinto de mujer; no debéis retroceder ante tan necesarias y justas represalias.» Pero si el emperador acepta, le diré: «Señor, creed á mi habilidad femenina, es decir, felina; tenéis que resignaros á una infamia provechosa.»

—¡Ah, señora!—dijo el duque de Medinasidonia inclinándose ante la duquesa—. ¡Qué listima es que seáis reina! ¡Hubiérais sido un embajador perfecto!

Separóse el duque de la de Etampes y se alejó satisfechísimo del favorable giro que tomaban los acontecimientos y las negociaciones.

—Ahora me toca á mí hablar claramente y sin rodeos—dijo Ana al conde de Orbec, cuando se quedó sola con él y con Ascanio—. Ahora, conde, ya sabéis tres cosas: primera, lo mucho que á mí y á mis amigos nos importa consolidar mi influencia en estos momentos, para ponerla al abrigo de cualquier ataque; segunda, que una vez verificado el acontecimiento que se espera, no tendremos que temer á lo porvenir, pues Carlos de Orleans continuará la obra de Francisco I, y el duque de Milán, á quien yo habré hecho lo que es, me deberá más agradecimiento que el rey de Francia, que me ha hecho lo que soy; y tercera, que la belleza de vuestra Colomba ha impresionado grandemente al rey. Pues bien, conde; hablo á un hombre superior á quien no preocupan los prejuicios vulgares. Tenéis en este momento vuestra suerte en las manos: ¿queréis que el tesorero Orbec substituya al canciller Poyet? ó, en términos más concretos: ¿queréis que Colomba de Orbec substituya á Maria de Brissac?

Ascanio hizo un movimiento de horror que no fué advertido por Orbec, cuya maliciosa mirada se cruzaba en aquel momento con la mirada penetrante de la duquesa.

—Quiero ser canciller—dijo el conde sencillamente.

—Entonces estamos salvados. Pero ¿y el preboste?

—¡Bah! Ya encontraréis también algún buen destino para él; con tal que sea más lucrativo que honorífico basta; así lo recogeré yo todo cuando ese viejo avaro se muera.

Ascanio no pudo contenerse más tiempo.

—¡Señora!—dijo con voz de trueno acercándose.

No pudo continuar, ni el conde tuvo tiempo para asombrarse. En aquel momento se abrió la puerta para dar paso á la corte, que regresaba de misa.

La duquesa cogió bruscamente de la mano á Ascanio y retrocedió con él unos pasos, diciéndole al oído con voz vibrante pero contenida:

—¿Ves ahora de qué modo se llega á ser amante de un rey? ¿Ves á qué situaciones nos lleva á veces la vida?

Se calló. El buen humor y las ocurrencias del rey y de los cortesanos hicieron irrupción, arrollaron, por decirlo así, aquellas graves palabras.

Francisco I estaba radiante. Iba á venir Carlos V, y con este motivo habría recepciones, fiestas, sorpresas, en todo lo cual tendría él un papel lucidísimo. El mundo entero tendría los ojos fijos en París y en su rey. Atento al interesante drama, de cuyo enredo tendría él todos los hilos, pensaba en la representación con la alegría de un niño. Era carácter suyo preferir el aspecto brillante de las cosas y desentenderse de su trascendencia; preocuparse con su visualidad; considerar que las batallas eran torneos, y la realeza un arte. Su espléndido ingenio sólo tenía ideas extrañas y poéticas. Francisco I convirtió su reinado en una representación teatral y el mundo en una sala de espectáculos.

Aquel día, en vísperas de deslumbrar á un rival y á Europa entera, se sentía más clemente y demostraba más jovialidad que nunca.

Tranquilizado por la amable expresión del rostro del monarca, Tribulete fué á parar á sus pies en el momento en que el rey entraba por la puerta.

—¡Oh, señor, señor!—exclamó el bufón en tono de lamento—. Vengo á despedirme de vos. Es preciso que vuestra majestad se resigne á perderme, y lloro más por vos que por mí. ¿Qué será de vuestra majestad sin su pobre Tribulete, á quien tanto ama?

—¡Qué dices! ¿Que te separas de mí, precisamente ahora que no iba á haber más que un bufón para dos reyes?

—Sí, señor; ahora que iba á haber dos reyes para un bufón.

—No lo consiento. Te quedarás á mi lado. Lo mando.

—Comunicad entonces la real orden al señor de Vieilleville, á quien he dicho lo que se dice de su mujer, y que por una cosa tan sencilla ha jurado que me arrancará las orejas y el alma luego, si por casualidad tengo alma, según él mismo ha añadido impiamente, haciendo méritos para que vuestra majestad disponga que le corten la lengua en castigo á tal blasfemia.

—Estate tranquilo, pobre loco; yo te prometo que si alguien te quitara la vida, le mandaría ahorcar un cuarto de hora después.

—¡Si os fuese lo mismo...!

—¿Qué?

—Preferiría que lo mandáseis ahorcar un cuarto de hora antes.

Todos prorrumpieron en carcajadas, y el rey se rió más que nadie. Luego, continuando su camino, encontró á su paso á Pedro Strozzi, el noble desterrado, y le dijo:

—Señor Pedro Strozzi, hace mucho tiempo que me pedisteis carta de naturalización; es una vergüenza que habiendo combatido vos tan valerosamente en el Piamonte por los franceses y como un francés, no pertenezcáis ya á nuestra patria, mucho más cuando la vuestra reniega de vos. Esta noche, señor Strozzi, os extenderá

mi secretario esas cartas de naturalización. No me lo agradezcáis; por mi honor y por el vuestro, es indispensable que seáis francés cuando llegue Carlos V... ¡Ah! ¿sois vos, Cellini? ¡Nunca venís con las manos vacías! ¿Qué traéis ahí, debajo del brazo? Esperad un momento, amigo mío, Señor secretario, al mismo tiempo que las cartas de naturalización del gran Pedro Strozzi, extendéreis las de mi amigo Benvenuto Cellini, y se las llevaréis á su casa sin gastos. Un orfebre no dispone de quinientos ducados tan fácilmente como un Strozzi.

—Señor—dijo Benvenuto—, doy gracias á vuestra majestad, y os ruego que perdonéis mi ignorancia: ¿qué quiere decir cartas de naturalización?

—¡Cómo!—repuso gravemente el secretario Antonio Maçon, mientras el rey se reía como un bobo de la pregunta—; ¿no sabéis, señor Benvenuto, que las cartas de naturalización son la honra mayor que su majestad puede conceder á un extranjero, y que gracias á ellas os convertís en súbdito francés?

—Empiezo á comprender, señor, y os doy de nuevo las gracias—replicó Cellini dirigiéndose al rey—. Pero dispensadme; si ya soy de corazón súbdito vuestro, ¿qué utilidad pueden tener esas cartas?

—¿Que qué utilidad pueden tener?—repuso Francisco I, que continuaba de buen humor—. Sirven, Benvenuto, para que siendo francés, merced á ellas, pueda yo haceros señor de Nesle, lo cual no me sería posible de otro modo. Y á propósito, señor secretario, extenderéis también el acta de donación definitiva del palacio de Nesle, al mismo tiempo que las cartas de naturalización. ¿Comprendéis ahora para qué sirven esas cartas, Benvenuto?

—Sí, señor, y os doy gracias mil veces. Parece que nuestras dos almas se entienden sin hablarse; porque esta gracia que me concedéis hoy es como el camino para llegar á un inmenso favor que tal vez os pida algún día y del cual forma parte lo que acabáis de hacer.

—Ya sabes lo que te he prometido. Tráeme mi Júpiter y pide cuanto se te antoje.

—Sí; vuestra majestad tiene buena memoria y cumplirá su promesa. Sí; vuestra majestad puede atender un ruego que importa mucho á mi vida, y ya, con un instinto regio y sublime, acabáis de facilitar la realización de mis aspiraciones.

—Se realizarán, mi insigne orfebre, tal como lo deseáis; pero entretanto, mostradnos lo que traéis ahí.

—Señor, es un salero de plata para hacer juego con el jarro y con la bandeja.

—Veámoslo, Benvenuto.

El rey examinó atenta y silenciosamente, como de costumbre, la admirable obra que le presentaba Cellini.

—¡Qué equivocación!—dijo al fin—. ¡Qué error más grande!